

La Orden De Aker, La Cacería.

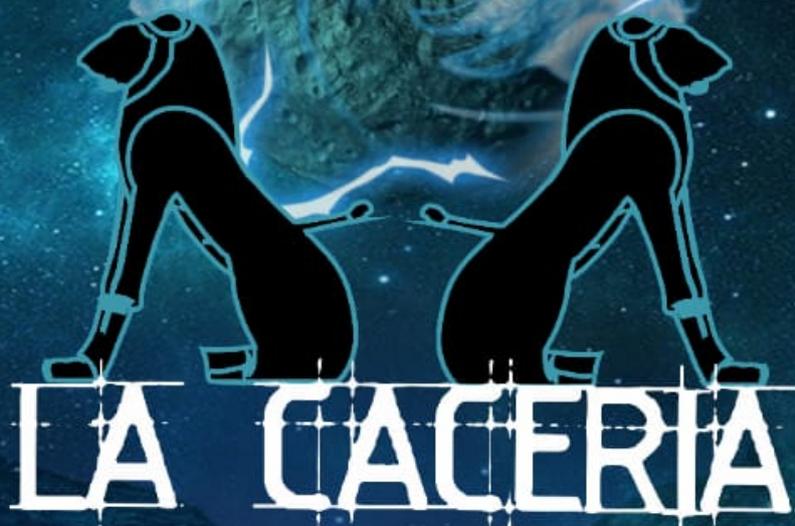
Saúl Solís



Capítulo 1



LA ORDEN DE AKER



Saúl Solís

LA ORDEN DE AKER

La Cacería

By: Saúl Solís

PROLOGO DEL AUTOR

Conforme más vivo y obtengo experiencia de la vida, más me doy cuenta de cómo el control es en efecto sólo una ilusión. Un espejismo formado por el deseo insatisfecho de un producto creado por la broma cósmica: "la psique humana".

Esta conclusión no debe de causarle sorpresa alguna al observador objetivo, quien entiende a la perfección que tal entidad fue diseñada para funcionar sin límites o restricciones, pero condicionada a la condena de "Ser" solamente lo que le permite el tan limitado y frágil cascarón que le contiene.

Ahora, al referirnos a los acuerdos humanos en cuanto a conceptos que nos permitan la comunicación, nos encontramos con que el "bien y el mal" son dos términos inventados por nuestra especie, a los que se les ha atribuido erróneamente la función y esencia de conceptos absolutos –lo cual es una imposibilidad en el Universo en el que vivimos–. De hecho, nada es absolutamente bueno o malo. Por lo tanto, lo más cercano a la intención de estos términos sería lo "Conveniente y no Conveniente". Después de todo, así como es el observador el que influye en lo que va a suceder a un nivel subatómico, también en un plano consciente, es el sujeto el que decide que le es conveniente, o no.

CAPÍTULO 1

UNA VELADA INOLVIDABLE

–Disculpen la interrupción, pero ya vamos a cerrar la barra, ¿Gustan ordenar algo más? –Interrumpió la mesera del lugar.

– ¿Quieres otro? – Preguntó Daniel señalando con la mirada la taza de café casi vacía de Tony.

–No. Si me tomo otro no voy a poder dormir –le dijo Tony a la mesera.

–Estamos bien, Lucy. Supongo que sólo la cuenta por favor.

–Ok. Enseguida se las traigo.

Daniel checó su reloj y vio que eran las 11:47 pm. La noche era fresca, pero agradable, y además muy tranquila y solitaria –como generalmente era un martes a esas horas en la ciudad de Aguascalientes, en México.

El café “Azul Catedral” era un establecimiento de unos veinte metros de largo por unos diez metros de ancho, que poseía la estructura arquitectónica típica de las casas antiguas en México –misma que generalmente distribuía varias habitaciones alrededor de un largo pasillo,

al cual comúnmente se le llamaba "Zaguán".

El lugar había sido pintado de una agradable combinación de blanco y azul pastel, que lucía espléndida gracias a la perfecta iluminación en el recinto –especialmente dentro de las habitaciones–. Una amplia variedad de macetas adornaba el zaguán y varios rincones del café, además de una enredadera perfectamente bien podada en uno de los muros interiores. En adición, la mayoría de las paredes estaban decoradas con fotografías y cuadros de arte moderno, y sin excepción alguna este escenario era siempre acompañado con música suave de fondo.

Había únicamente tres mesas ocupadas esa noche. La primera era la mesa que ocupaban Daniel y Antonio en la pequeña terraza del lugar –la cual contaba solamente con seis mesas, pero era sin duda la mejor elección en una noche tan placentera–. La segunda –también en la terraza–, estaba ocupada por dos sujetos vestidos con ropa casual formal, y que parecían estar enfocados en sus bebidas calientes, y su conversación. Por último, dentro de una de las habitaciones contiguas a la terraza que contaban con una amplia ventana con vista hacia la calle –justo frente a la mesa de Tony y Daniel–, había una pareja de enamorados que entre besos y risas coquetas parecía no darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

–Mira. Eso es exactamente lo que te falta, hermanito –dijo Tony mientras le daba un trago a su café, y le señalaba con la mirada a la romántica pareja.

–Si necesito un coctel de adrenalina, noradrenalina, oxitocina, serotonina y un toque de dopamina, las tomaré vía intravenosa. Gracias –respondió Daniel.

–No es lo mismo que el calor de una mujer, hermanito. Nada como la experiencia real –sobre todo si se trata de un cuerpo y una cara como esa–. Dijo Tony sin disimular su agrado por la fémina.

–Claro. Lo dice el que tiene una experiencia real diferente cada que sale de fiesta.

–Dije real. No eterna –respondió defensivamente Tony antes de terminar de un trago lo que quedaba de café en su taza–. La naturaleza del macho es polígama, hermanito. Y tú lo sabes. No la ejerces, pero lo sabes.

–De acuerdo. Sin embargo, el sexo debe de ser utilizado solo para una cosa en la vida de un hombre civilizado y pensante –afirmó Daniel–. Liberar estrés cuando este llega a niveles excesivos en el cuerpo, lo cual

es provocado por supuesto por el arduo trabajo hecho en pro de la ciencia o el progreso en las diversas áreas de conocimientos prácticos de nuestra especie –ahora fue Daniel quien tomó una pausa para terminar su bebida–. La reproducción solo le condenaría a atarse a la responsabilidad del cuidado y la satisfacción de las necesidades de los egoístas, narcisistas y dependientes infantiles. Y el exceso de encuentros sexuales invariablemente se vuelve una adicción, y al igual que cualquier adicción, esto reduce la lucidez intelectual y atrofia los sentidos.

Daniel se inclinó sobre la mesa lo más que pudo para mirar fijamente a su hermano.

–Lo que te trato de decir de la manera más simple para que puedas comprenderlo, hermanito –dijo Daniel con fingida condescendencia y actitud paternal–. Es que esa es muy probablemente la causa de tu estupidez.

Daniel esbozó una sonrisa malévola.

–De acuerdo con tu primer punto –accedió Tony sin inmutarse en lo más mínimo por el insulto de su hermano–. Sin embargo, una adicción –al igual que todo en el Universo–. Tiene propiedades convenientes e inconvenientes –como tú muy bien lo describes en tus aportes filosóficos–. Y en este caso específico ya enlistaste acertadamente lo inconveniente –señaló Tony con una exagerada actitud condescendiente–. Ahora, lo conveniente es que simplifica la vida de un hombre pensante, al reducir sus necesidades adictivas a una sola. Lo cual lo diferencia del hombre común moderno que encuentra altos niveles de estrés al verse atrapado en una variedad de tipos de necesidades. Además –y a diferencia de lo que la sociedad erróneamente cree–. Todos somos adictos a algo. Hasta tú, hermanito –Tony devolvió la sonrisa malévola–. Eres adicto a resolver el acertijo del por qué hacemos todo lo que hacemos los humanos. Debe de ser estresante estar dentro de tu brillante mente. Te recomiendo un poco de sexo –dijo Tony de manera burlesca.

–Aquí les dejo su cuenta –interrumpió Lucy sin poder esconder su incomodidad al haber llegado justo al momento en que Tony había hecho su comentario abrupto, y del cual era ya muy tarde para escapar sin

obviar su pena e incomodidad.

–Creo que esto es suyo, caballero –dijo descaradamente Tony mientras deslizaba la carpeta de la cuenta hacia Daniel.

Lucy se retiró tratando de disimular una sonrisa causada por la falta de vergüenza de Tony. Curiosamente, era en general esta actitud la que le hacía a este tan atractivo al sexo opuesto –además, por supuesto–, de su 1.90 de estatura, su piel blanca, cabello negro, ojos color miel, y complexión atlética –la cual se acentuaba gracias a las horas que pasaba practicando artes marciales mixtas.

Tony tenía 26 años de edad, y era extremadamente inteligente. Sin embargo, no poseía la memoria eidética de su hermano, quien era oficialmente un genio de acuerdo con diversas baterías de medición de inteligencia. En su mente, esta fue siempre su desventaja ante él.

Daniel era el hermano menor. Tenía 24 años, era un poco más bajo que Antonio –con 1.87 de estatura–, y a pesar de ser delgado, su complexión no era tan atlética como la de su hermano. Sin embargo, también era un tipo atractivo. Compartía la piel blanca, los ojos miel, y el pelo negro de su hermano –sólo que el suyo era ondulado, un poco largo, y descuidado.

Generalmente, Daniel atraía más al tipo de mujer que buscaba a un intelectual.

–A ver si ya te consigues otro patrocinador –exigió Daniel con cierto enfado.

–Sí, amo –respondió Tony con una fingida voz grave, y agachando su cabeza en forma de una fingida reverencia.

Daniel se inclinó un poco hacia su derecha para sacar su cartera del pantalón. Un segundo después, tres cosas sucedieron casi al mismo tiempo.

Primero observó un semblante totalmente aterrizado en el rostro de Tony que no le había visto en toda su vida, después escuchó el grito agudo de una mujer a sus espaldas, y finalmente fue aturdido por el sonido ensordecedor de lo que le pareció una explosión a centímetros de

su oído derecho.

Por un momento, todo lo que supo es que había caído al suelo al costado de la mesa a la que estaban sentados él y su hermano. Todo lo que podía escuchar en ese momento era un zumbido agudo dentro de su cabeza, mientras que sus ojos luchaban por recuperar su enfoque correcto para evitar que su estómago se revolviera cada vez más.

Después de varios segundos, el zumbido disminuyó a un nivel que Daniel consideró soportable, y fue en ese momento cuando sintió que lo tomaban de los hombros y lo levantaban. Todo daba vueltas, y una distorsionada voz le decía:

¡Dany! ¿Estás bien?

Le tomó al menos cinco segundos más a Daniel el reconocer por completo la voz de su hermano.

¡Tony!

– ¡Tenemos que irnos ya! –Dijo la voz de una mujer.

– ¡Ayúdame a cargarlo! –Ordenó la voz grave de un hombre.

–Pero ¿Quiénes son ustedes? –Interrogó Tony confundido–, ¿Por qué...?

– ¡Te explicaremos cuando estemos a salvo! –Interrumpió el desconocido–, ¡Ahora ayúdame a cargar a Daniel!

– ¿Cómo sabe mi nombre?, ¿Quién es? –Pensó Daniel.

–Ok, Dany. Vámonos de aquí –Le dijo Tony.

Daniel sintió un poco más de seguridad en sus piernas, y como pudo comenzó a caminar a pesar de estar aún mareado. Se apoyó en su

hermano –quien le sostenía a su izquierda–, y sintió el fuerte estirón que venía del otro sujeto al que no conocía, ubicado a su derecha.

Una camioneta tipo Suburban de color azul marino se detuvo junto a la banqueta sobre la que ellos caminaban.

– ¡Entren! ¡Rápido! –Ordenó la mujer al abrir la puerta de pasajeros del asiento de atrás.

– ¿A dónde vamos? –Pudo por fin preguntar Daniel una vez adentro de la camioneta.

–No sé, Dany –dijo Tony con evidente preocupación–, ¿Estás bien?

Daniel asintió con un movimiento de cabeza. Después levantó la mirada, y se dio cuenta de que la mujer que estaba sentada en el asiento del copiloto era la mujer que estaba también en el café. Volteó a su derecha, y reconoció al sujeto con el que ella estaba besándose hacía apenas unos minutos.

–No se preocupen. Estamos aquí para protegerlos. Y en cuanto estemos en un lugar seguro responderemos a algunas de sus preguntas. Ahora sólo traten de tranquilizarse –pidió la mujer mientras le entregaba una botella de agua a Daniel.

CAPÍTULO 2

UNA VISITA INUSUAL

-Mi niña. Ya llegaron las personas que estabas esperando.

-Gracias, nana. Pásalos al estudio, ofréceles algo de tomar, y diles que estaré con ellos en diez minutos, por favor.

-Sí, mi niña.

Melisa era una mujer atractiva. Medía 1.75, su piel era morena clara, su pelo era negro, y tenía ojos color avellana. Aunado a esto, Melisa había practicado gimnasia desde que tenía 6 años, y esta actividad le formó un cuerpo fuerte, tonificado, y bien proporcionado.

A pesar de saberse tan atractiva, su vestimenta habitual siempre fue conservadora y discreta -pero sin dejar por un momento de ser sofisticada.

Melisa heredó la inmensa fortuna de sus padres -a los cuales perdió antes de cumplir seis años de edad en un accidente aéreo mientras volaban a Europa-. Tenía memorias muy borrosas y confusas de los mismos, y esto le llevaba a creer que tal vez no eran memorias reales, sino creaciones del deseo de su mente de conservar vivas a sus figuras paternas en su mundo interior.

Su nana se encargó de su crianza, incluso desde antes de que sus padres murieran. Y aunque fue a su tío a quien se le cedió la responsabilidad legal de encargarse de ella durante su infancia, ella nunca logró entablar un lazo afectivo profundo con él. De hecho, este se la pasaba viajando, y envuelto en proyectos que le consumían todo su tiempo.

Su relación con él -y a pesar de que siempre la trató bien, y le cumplía casi cualquier capricho-, era distante, y en ocasiones hasta incómoda.

-El tío Bernardo no era bueno ni para platicar con la gente, ni mucho menos para encariñarse con alguien, mi niña, ¡Pero él te quería mucho!, Sólo que no se le hacía fácil decir cosas así -Le dijo su nana cuando él falleció.

Al momento del accidente, Melisa tenía 20 años, y había tenido que tomar un vuelo desde Inglaterra para asistir al funeral en Querétaro, México -tierra natal de su tío y sus padres-. Y aunque también había heredado varios intereses en la tierra natal de sus progenitores, Melisa decidió que residiría permanentemente en Inglaterra. Al fin y al cabo, llevaba la mayor

parte de su vida viviendo ahí.

Unos minutos después, Melisa salió de la habitación y se dirigió hacia el estudio de la mansión que era su hogar, y que había sido el hogar de sus padres en sus últimos años de vida.

El complejo de veinte habitaciones que en su momento fue el castillo de un prominente archiduque inglés durante las cruzadas, era una de esas propiedades cargadas con un gran valor histórico, antropológico, cultural, y por consecuencia, monetario.

Sólo alguien con la fortuna que la familia de Melisa había amasado por generaciones podía adquirir la propiedad de este tipo de inmuebles. Y fue el padre de Melisa quien compró el antiguo castillo hacía más de veinte años, cuando sus socios le invitaron a invertir en varios proyectos altamente remunerables en el Reino Unido –en su mayoría bienes raíces.

–Buenas tardes –saludó Melisa al entrar al estudio y dirigirse hacia su escritorio.

–Buenas tardes, señorita Casamayor. Soy el agente Ibáñez, y este es mi compañero, el agente Deschamps –dijo un hombre delgado, de estatura mediana, calvo, y con un rostro amigable. Su acento delató su nacionalidad española.

–Buenas tardes, señorita Casamayor –saludó el otro hombre. Un tipo alto y fornido, de mirada seria y muy penetrante, que hablaba español con un muy marcado acento francés.

–Tomen asiento, por favor, ¿Ya les ofrecieron algo de tomar?, ¿Desean algún aperitivo?

–Nos han ofrecido ambas cosas, pero tanto el agente Deschamps como un servidor acabamos de desayunar. Tenga la seguridad de que la dama que nos recibió ha sido muy cortés y educada.

–De eso estoy segura. Mercedes es la mejor en su trabajo –dijo Melisa sintiéndose incómoda por llamar “Mercedes” a su nana, a quien llamaba por su nombre exclusivamente cuando se encontraban frente a gente de negocios, o alguna otra situación formal que así lo exigiera. En sus adentros nunca dejó de sentir algo de culpa por hacerlo.

–Nos encantaría entrar en el tema principal de inmediato –dijo Deschamps

tajantemente.

–Por supuesto –accedió Melisa mostrando interés en el entusiasmo del francés.

Deschamps giró su cabeza hacia Ibáñez sin necesidad siquiera de mirarlo, indicándole con este simple movimiento que debía proceder.

–El asunto del que hemos venido a hablarle es uno muy delicado y serio. Y por lo tanto, uno de enorme importancia –Ibáñez hizo una pequeña pausa, se inclinó un poco, movió sus hombros hacia delante, y concentró su mirada en Melisa.

– ¿De qué se trata?

–Pertenece a una organización muy antigua, y muy secreta. Una organización a la que servimos técnicamente solo unos pocos. Ahora, a diferencia de varias organizaciones “secretas” de las que, por alguna u otra razón paradójicamente se conoce su existencia en todo el mundo –tales como los Masones o los Iluminati–. Nosotros hemos permanecido totalmente desconocidos para el mundo por generaciones. Nadie, a excepción de los miembros de la misma Orden, si quiera sospecha de nuestra existencia, y mucho menos de nuestros objetivos.

Melisa miró a Ibáñez y a Deschamps desconcertada, sin tratar de esconder que no veía a donde se dirigían con esta conversación. Ante esto, Ibáñez hizo una pausa y dirigió su mirada al piso por un par de segundos para organizar sus ideas.

–Tanto vuestros padres como vuestro tío pertenecían a esta organización... –comenzó a decir Ibáñez, quien notó de inmediato en el rostro de la joven la evidente sorpresa provocada por sus palabras, seguida del claro aumento de interés por lo que estaba por venir.

–Vuestro padre retomó el trabajo que había quedado estancado por mucho tiempo. De hecho –para ser justos–, él rescató la organización cuando esta estaba casi acabada. No sólo con fondos, también con trabajo y liderazgo. Vuestro tío fue quien le dio seguimiento a lo que vuestro

padre comenzó hace muchos años, y es gracias a ellos que en la actualidad estamos a punto de lograr nuestro objetivo principal. Y créame cuando le digo Señorita Casamayor, que esto es mucho más grande de lo que usted se imagina.

Melisa reflexionó en silencio ante las miradas expectantes de Ibáñez y Deschamps.

– ¿Cuál es este objetivo? –Inquirió finalmente Melisa.

–Por desgracia, Señorita Casamayor, es uno que no podemos discutir en este momento y en este lugar –apuntó Deschamps.

–No entiendo –reclamó Melisa con claro disgusto–, ¿Para qué vinieron a verme y a contarme todo esto si al final de cuentas no me van a proporcionar toda la información?

–La información puede ser revelada sólo a un miembro de La Orden, por medidas de seguridad –explicó Ibáñez–. Por lo que obviamente, la visita de esta noche tiene como un objetivo secundario el invitarla a continuar con el trabajo que iniciaron vuestros padres y vuestro tío.

– ¿A qué se refiere con “objetivo secundario” ?, ¿Cuál es la principal razón que les ha traído aquí?

–Vuestra seguridad, Señorita Casamayor. Estamos aquí para protegerle.

– ¿Protegerme?, ¿De qué?, ¿Estoy en peligro?

–No mientras estemos con usted –aseguró Deschamps.

La expresión de confusión en la cara de Melisa se volvió en una de incredulidad, y a su vez esta se tornó en indignación en cuestión de segundos.

–Ah, ya entiendo. Vienen a ofrecerme seguridad, ¿Y cuánto me va a costar? –Preguntó Melisa con fingida condescendencia–, No, ¡No voy a permitir que un par de desconocidos vengan a mi casa a contarme historias de una supuesta Orden secreta!, ¡Y de mis padres!, ¡Y mi tío!, ¡Y

que encima me quieran atemorizar!, ¿Qué es lo que quieren en realidad?, ¿Dinero?, ¿Extorsionarme?

–Nos ha malentendido, Señorita –dijo Ibáñez con tranquilidad en un intento por tratar de calmar a la joven.

– ¡Fuera de mi casa!, ¡Ahora!

–Se que esto suena descabellado –intervino el español–, pero le juro, Señorita...

– ¡No quiero escuchar una palabra más!, ¡No es la primera vez que alguien trata de extorsionarme!, ¡No soy ninguna tonta!, ¡Fuera!

– ¡Esta carta es para usted! –Gritó Deschamps con autoridad después de levantarse de un repentino y rápido movimiento de su silla.

Melisa dio un paso para atrás asustada ante la presencia imponente del francés. Miró la hoja de papel que Deschamps tenía aún en su mano, y notó al instante como la curiosidad por el contenido del papel le tranquilizaba un poco.

–Es de parte de su tío –afirmó Deschamps mientras colocaba la carta sobre el escritorio, y luego se alejaba de ella para darle espacio a la joven.

– ¿Cómo sé que esto no es una carta falsa? –Inquirió Melisa aún a la defensiva, y tratando de pretender que no estaba tan interesada en la hoja de papel a la que no le quitaba la vista de encima.

–Es la letra y firma de su tío. Adelante, es suya –animó Deschamps.

– ¿Pasa algo niña? –Dijo Mercedes mientras entraba preocupada a la habitación.

Melisa se decidió y tomó la carta que el francés había puesto sobre su escritorio, y comenzó a analizarla con detenimiento.

-Nana, ¿Son estas la letra y firma del tío Bernardo?

Mercedes tomó la carta de manos de Melisa aún mirándola con confusión. Examinó la carta de arriba a abajo por un par de segundos, le dio la vuelta como buscando alguna parte en específico, y luego dirigió su mirada hacia Ibáñez y Deschamps.

- ¿Ustedes son...? -Intentó preguntar Mercedes.

- ¿Es esta carta de mi tío? -Insistió Melisa.

-Sí, mi Niña. Me sorprende que no reconozcas la letra de tu tío Bernardo -reprochó Mercedes mientras le mostraba la carta a Melisa.

- ¿Conoces a estos sujetos, Nana?

-No, niña -dijo Mercedes mientras les lanzaba una mirada apenada a los agentes.

- ¿Qué es lo que nos iba a preguntar, señora? -Inquirió Deschamps con gran interés.

- ¿Quién?, ¿Yo? -Preguntó sorprendida y apenada Mercedes, mientras miraba a Melisa como pidiendo permiso para hablar.

- ¿Qué querías preguntarles a estos señores, Nana?

-Sólo quería... saber si ustedes...

- ¿Si somos las personas que Berni le había dicho que se presentarían en el momento adecuado para cuidar de